

## Lealtades étnicas y su politización

Georgina Isabel Campos Cortés\*

El Estado-nación mexicano ha emprendido históricamente diversos mecanismos para integrar en unidad cultural y nacional a las diversas sociedades existentes en dicho territorio. Sin embargo, pese a que la finalidad es precisa, es cuestionable la homogeneidad como producto, en tanto no considera dentro del discurso ni en la práctica como ventaja la existencia de diversos modos de percibir, convivir, dialogar así como la relación existente y reproducida socialmente en el territorio, tanto en tiempo y espacio precisos. Así, la política *indigenista* y el enfoque integracionista (este último como parte de su estructura) trata de moldear a los grupos étnicos, y son esta política y la existencia de las etnias de donde parte el análisis de este ensayo para comprender con ello la existencia de una comunidad nacional y muchas lealtades étnicas en el territorio mexicano. Este es un tema contemporáneo, pero ha sido analizado histórica y teóricamente por autores que nos permiten relacionarlos y asumir una postura sobre los retos que implica cualquier política y proyecto de Estado-nación; asimismo, nos permite significar la organización étnica y el objeto de su politización. De esta forma, los conceptos de nación, nacionalismo, Estado-nación y región, son nuestros tópicos para el análisis; con lo cual, de manera geográfica e histórica reconocemos un México como el crisol de culturas e identidades donde existen muchos Méxicos.

\* Candidata a maestra en Estudios Regionales por el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora.

## Introducción

En el presente ensayo retomaremos algunos autores con el propósito de explicar qué son las lealtades étnicas y por qué existen muchas de éstas en México y a partir de qué elementos se puede decir que existe una comunidad nacional. También nos auxiliaremos de algunos aspectos básicos del Estado-nación mexicano, en torno a las acciones emprendidas para lograr la unidad cultural y nacional.

Por tanto, el propósito de este ensayo es discutir la relación entre las tesis de autores como Clifford Geertz, Simpson Lesley, Rodolfo Stavenhagen, Bonfil Batalla y Chantel Barre, quienes analizan las teorías del nacionalismo y etnicidad a partir de la vinculación de conceptos como nación, Estado-nación y región; estas representaciones teóricas permiten al presente trabajo responder dos cuestiones: ¿la nación mexicana está conformada por una comunidad nacional y muchas lealtades étnicas?, y ¿la politización étnica es una cuestión de desarrollo o una negociación por el respeto y reconocimiento a la diversidad cultural? Cuestionamientos básicos para comprender el papel que funge el Estado en relación con la etnia.

Estas preguntas se responden, desde un análisis tanto geográfico e histórico, a partir de la política ejecutada por el Estado denominada *política indigenista*, la cual desde un enfoque integracionista trata de moldear a los grupos étnicos. Consiguientemente, este trabajo se ocupa en primera instancia de exponer los puntos que permiten la existencia de una diversidad cultural que enmarca Simpson *geográficamente*, mientras que Bonfil y Stavenhagen, plantean teorías propositivas, para el reconocimiento de los grupos étnicos, denominadas *Teoría del control cultural y etnodesarrollo*; mientras que Clifford Geertz nos permite identificar las lealtades étnicas por medio de un concepto denominado *sentimientos primordiales*, donde las características tanto sustanciales (objetivas) y las subjetivas—lengua, religión, solidaridad— permiten entender los hechos y factores que posibilitan a los grupos étnicos permanecer y recrear sus identidades.

Estos cuatro autores permiten contextualizar la historia de México, para compararlos con los escritos de Marie Chantel Barre, quien estudia los movimientos indígenas de América Latina e identifica en el seno de la organización una nueva ideología de resistencia denominada *indianismo*, a partir de ésta, plantean sus necesidades, derechos y diferencias, como necesarias y no opuestas al proyecto de nación que las intenta desaparecer, por lo que requieren de una colectivización con reivindicaciones fundamentadas en el reconocimiento, lo que lo plantea fundamentalmente como un asunto político.

## Perspectivas teóricas

Simpson Lesley, por medio de un análisis espacial y geográfico de México, explica la diversidad cultural existente; por su parte, Bonfil Batalla explica las raíces sustanciales del control cultural al que están sometidas las etnias, al igual que Rodolfo Stavenhagen, sólo que en particular este último autor lo realiza de manera histórica y política; pero ambos proponen el modelo alternativo para los grupos étnicos denominado etnodesarrollo; éste establece relación con Clifford Geertz,<sup>6</sup> quien reconoce dos elementos sustanciales objetivos y subjetivos que permiten recrear los sentimientos primordiales por los cuales se agrupan y llegan a tener una organización activa y demandante de derechos.

Esta revisión de investigaciones teóricas y empíricas, permite proponer como objetivo de este ensayo: establecer una discusión sobre puntos de acuerdo entre estos teóricos para distinguir lo que significa y persigue el proyecto de Estado-nación y en relación con las etnias.

### “Los muchos Méxicos”, de Simpson Lesley

El escenario que en 1941 Simpson Byrd Lesley planteaba en su libro *Many Mexicos*, es un esquema espacial que diagnostica la realidad de México; esta autora afirma que la pluralidad existe por diversos aspectos, tales como la superficie, orografía, topografía, hidrografía, los climas, la precipitación fluvial, los rasgos del relieve, la flora y fauna, entre otros, que contribuyen y constituyen la cultura y el comportamiento de los mexicanos.

Precisamente, los efectos que tiene el levantamiento terrestre o las barreras montañosas, determinan las condiciones y hábitos de vida del pueblo mexicano y, al mismo tiempo, provocan una falta de unidad lingüística y una reproducción de 50 grupos étnicos (década de los cuarenta), los cuales son diferentes entre sí, y muchas veces se desconocen, ejemplo de ello son los mayas frente a los yaquis, donde ambos grupos se ven como extranjeros (Simpson, 1967: 11). De esta forma los aspectos geográficos y climáticos, así como la disponibilidad de agua y de tierras, han sido factores determinantes para el establecimiento de los asentamientos humanos con diversidad cultural, lo que trae consigo dos fenómenos inherentes entre las comunidades étnicas y su territorio, el primero, es la dificultad en la interacción de un grupo con otro y, el segundo, es el difícil acceso a estas áreas, ya que las barreras montañosas complican la creación de infraestructura que permita la comunicación entre las etnias.

De esta forma, la existencia de varios Méxicos es temporalmente producto de las formas de vida de las civilizaciones que se asientan en espacios determinados, donde se desarrollan culturalmente. Pero la diversidad, que hasta hoy ha sido considerada como un factor negativo y jamás como elemento que puede enriquecer la cultura, genera una visión negativa perpetuada históricamente como un obstáculo a la cohesión social lingüística y cultural, justificándose, como un objetivo desde el México Independiente, formular el proyecto de nación homogéneo, asimilacionista e integrador.

Partir del análisis de Simpson Lesley nos remite a los procesos históricos del país, los cuales muestran fehacientemente que desde el origen del pueblo mexicano hasta la conquista europea nunca existió unidad entre las muchas sociedades que habitaban en lo que hoy es México. Esto nos permite afirmar que no se le puede atribuir a la conquista española la falta de cohesión social o de un proyecto nacional, ya que si bien ésta fue una imposición de su civilización sobre las etnias existentes, sólo logró, en el mejor de los casos, una unidad imperfecta. Luego entonces, la fuerza que se imprimió con la segregación y evangelización del indígena fue, en este caso, una estrategia que obtuvo cierto éxito y que permite confirmar que en la historia de México hay una herencia donde *la unidad genuina, lo realmente nacional, siempre había estado por llegar pero finalmente nunca llegaba*; de ahí que su diversidad cultural, con falta de unidad y con necesidad de coherencia en procesos políticos, persista.

Este escenario tan *sui generis* ha evidenciado la existencia y perpetuidad de muchos Méxicos; éstos son identificados por Stavenhagen y Bonfil como el México mestizo, el México criollo, el México indígena, el urbano, el rural, el del norte, del centro y del sur, entre otros; lo que nos muestra un esquema de la pluralidad y creatividad de grupos humanos que requieren de un proyecto de nación porque están asentados en un territorio administrativamente llamado México, el cual necesita un marco de justicia y prácticas que permitan la creación y el orden de una nación que hasta ahora ha buscado ser "homogénea e integrada".

Este proyecto es un tema de debate porque plantea la necesidad de reconocer la diferencia cultural a partir de la existencia de legalidad, equidad y solidaridad, que no se construyen con la negación, por el contrario, el México uniforme que idealizaron los proyectos económico-políticos y de educación del pasado, se enfrenta al reto de replantearse y ser reemplazado por el reconocimiento y la aceptación de que México es muchos Méxicos.

## De la geografía nacional a los atributos lingüísticos

Bonfil Batalla y Rodolfo Stavenhagen, a diferencia del marco geográfico que Simpson plantea, nos exponen a partir de sus libros *México profundo: una civilización negada* (1987) y *Política cultural para un país multiétnico* (1988), respectivamente, los elementos sustanciales o atributos lingüísticos como los abecé sujetos y objetos de atención, que han sido considerados los obstáculos de cohesión social, pero a su vez, también los medios por los cuales se lograría el proyecto de Estado-nación.

Una síntesis del planteamiento de Bonfil Batalla permite identificar la existencia de dos proyectos civilizatorios que hasta hoy se consideran opuestos. Uno es considerado el gran obstáculo que debe desaparecer, a partir del otro, construido de ideales a los que se aspira como sociedad; estos dos Méxicos los denomina el México profundo y el México imaginario; el primero es el universo de lo indio, encarnado hoy por los pueblos llamados grupos indígenas, mientras que el segundo es un país que se organiza según normas, aspiraciones y propósitos de la civilización occidental. Con esta caracterización se muestran los opuestos que se reproducen desde las maneras y ámbitos socioculturales, como sus ritos, fiestas, alimentación y valores, que fungen un papel de medios a partir de los cuales se recrea el inconsciente colectivo que los identifica, y que hace resistir a los del México profundo a las imposiciones de una cultura auto y socialmente denominada dominante, que también funciona para aquellos que se identifican con el México imaginario, ya que les permite negar la parte sustancial de lo nacional, es decir, la raíz indígena que llevamos dentro.

El referir los aspectos de lengua y religión como elementos determinantes para mencionar las “marcadas diferencias”, permite reconocer el carácter pluriétnico y multicultural de la sociedad, que no constituyen el problema real para fundar la nacionalidad; y aunque se corre el riesgo de caer en una nueva veta universalista, por el momento negar los diversos aspectos culturales son los fundamentos que existieron durante la Colonia, tales como el sojuzgamiento y la explotación que fueron considerados –convenientemente– como hechos naturales, para que el trato hacia los grupos étnicos se justificara por su condición de minorías lingüísticas.

Este hecho considerado natural pone en evidencia que los grupos étnicos han sido tratados a partir de una condición de minoría, obviamente atribuida, pero que permite criticar la falta de reconocimiento y de derechos como individuos y como cultura diferente. Por ello, Bonfil plantea la “teoría del control cultural”, a la cual considera y define como una opción, como un sistema que ejerce la capacidad social de la decisión sobre los elementos culturales.

Este “control cultural” es una herramienta teórica de análisis para Bonfil Batalla, que posibilita la diferenciación entre el campo sociocultural y educativo de lo propio y lo ajeno, lo cual nos indica la otredad existente en épocas históricas y en

procesos de modernización y globalización, que deben ser consideradas como cuestiones básicas para la construcción de un Estado-nación endógeno.

¿Qué implica plantear un Estado-nación endógeno? Si partimos de que el reconocimiento pleno de la existencia de una identidad étnica es aceptar una sociedad concreta y peculiar en su historia dinámica y colectiva, entonces un proyecto endógeno sería considerado una estrategia que permitiría a las diversas culturas asimilar determinados elementos que son ajenos a la suya, donde tal adquisición de rasgos sería una elección individual o colectiva, donde los grupos étnicos tendrían la posibilidad de redefinir su cultura o estrechar más sus cimientos, pero siempre como una decisión sujeta a sus necesidades. Esta organización o colectivización indígena reafirma o transforma su cultura, con lo cual se demostrará que *la cultura no es estática*, por lo que entonces el cambio cultural es un proceso que nos permitiría conocer la forma de ser y el desarrollo de las culturas (Geertz, 1963).

La propuesta de Bonfil coincide con la de Rodolfo Stavenhagen; ambos en un marco de búsqueda de alternativas de desarrollo, consideran la idea de *control cultural*, aunque Stavenhagen lo denomina *etnodesarrollo*; esta última opción se propone ante la destrucción cultural y social de las 56 etnias indígenas del país (seis etnias más de las que se hallaban en los cuarenta).

¿Cuáles eran las razones por las que se proponen opciones teóricas para los grupos étnicos? Stavenhagen explica que el nacionalismo y el indigenismo son los dos pilares de la Revolución Mexicana. Explica que el nacionalismo considera esencial la definición e identificación de un nacionalismo basado en lengua y cultura, y esto se buscó mediante una política educativa y cultural llamada indigenismo, que perseguía la *reafirmación de valores mexicanos*, es decir, símbolos compartidos que propiciaran la reducción de diferencias entre mexicanos, unidad nacional que fortalecería al país; por ello la tarea es *mexicanizar al indio*.

Es evidente que la homogeneidad que plantea el proyecto de Estado-nación busca la desaparición de los grupos étnicos, y el indigenismo como política e instrumento utilizado para imponer su control político e ideológico sobre las comunidades indígenas establece una relación inseparable entre indigenismo y *nacionalismo*.

Es oportuno identificar un acuerdo teórico entre Simpson, Bonfil y Stavenhagen, a partir de la heterogeneidad cultural, considerada un obstáculo de homogeneidad de lo mexicano y la educación el proceso que permitiría romper las bases lingüísticas y culturales entre los indios y los mestizos.

Ahora bien, la tarea de castellanizar y asimilar la cultura moderna como política oficial fue operada de diversas formas, pero con un enfoque sectorial y parcial; intentos fallidos existieron en los veinte y hasta los cincuenta,<sup>1</sup> aunque no se debe

<sup>1</sup> Ejemplo de esto es la Casa del Estudiante: "todo indígena es capaz de absorber los beneficios de la educación moderna como cualquier mestizo"; el resultado fue que no hubo el deseo de impulsar el cambio en las comunidades de donde

ignorar la década de los cuarenta, cuando el entonces presidente Lázaro Cárdenas convocó a un congreso indigenista que posibilitó la creación de dos instituciones, una de carácter legal y otra de carácter educativo; la primera de éstas fue el Instituto Nacional Indigenista (1948), con el cual se fundó la idea del enfoque integral, producto de la elaboración de especialistas de las ciencias sociales; mientras que la segunda institución fue la Escuela Mexicana de Antropología, que se dio a la tarea de fundamentar teóricamente a la política de asimilación de los indígenas a los moldes dominantes de la nación, donde los conceptos claves fueron la aculturación, el desarrollo de la comunidad, la integración nacional y la modernización. Con este enfoque integral se promovía la educación y se fomentaba el cambio cultural, mediante la integración educativa, económica, infraestructural y de modos de vida, hábitos de consumo, de organización social y políticamente. Dicho enfoque no escapó a discusiones sobre sus medios y objetivos finales (integración nacional). Aunque es importante destacar que las tendencias ideológicas que en los años treinta, de postura de derecha e izquierda, re incidían en la propuesta básica de transformar paulatinamente la desaparición de los grupos indígenas, por medio de la enseñanza del español de manera directa, respaldando tal postura con un deber moral de la sociedad nacional, representada por el Estado y que significaba ayudar a la población indígena a salir de su atraso. Es importante mencionar que ambas posturas difieren en puntos no menos importantes y que son temas de discusión actualmente y considerados en este ensayo, ya que mientras la izquierda consideraba que la conciencia de clase era necesaria para que la integración fuese tanto nacionalista como clasista, lo cual les permitiría tener la capacidad de enmarcarse en reivindicaciones "clasistas" para combatir las formas de atraso, marginación y explotación; en el otro extremo la derecha presentaba la integración como un proceso necesario, porque en el territorio nacional no había lugar para culturas distintas a las del modelo cultural dominante, por considerarlas inferiores, lo que les llevaba a desaparecer en un proceso de evolución histórica (con un claro darwinismo social).

Ambas posturas enfatizan puntos importantes como clase social y minoría étnica, los cuales creo oportuno retomar más adelante con Chantel Barre y el movimiento étnico denominado indianismo, para explicar la politización étnica. Por ahora se debe resaltar críticamente a este enfoque integral, con su nacionalismo o ideología indigenista, justificada en nombre del progreso, del desarrollo, de la unidad nacional y del bienestar de los propios indígenas y, en última instancia, por razones de Estado, razones sin duda notablemente importantes pero que dejan de lado y jamás consideran al indígena como posible actor capaz de participar en la elaboración de tan interesante proyecto, donde él era el sujeto principal de tan codiciado paradigma.

provenían los jóvenes. El enfoque integral alfabetización y educación formal en su lengua materna antes del castellano, pero que estuvo a cargo de un instituto lingüístico de Estados Unidos (en Stavenhagen, 1988, pp. 4-5).

Por ello, la idea del etnodesarrollo o teoría del cambio cultural significó la lucha por la efectiva representación y participación de los indios en los procesos políticos, en la autogestión comunitaria de movilización de los recursos y en la capacidad social de decisión sobre los elementos culturales propios en su beneficio. Aunque fue hasta los setenta cuando se impulsó esta idea y es notorio porque los pueblos indígenas comenzaron a hacerse presentes en organizaciones comunitarias, muchas veces encabezados por maestros bilingües que elaboraron, conjuntamente con las etnias, reivindicaciones de carácter netamente étnico; ante esto la idea del etnodesarrollo fue adoptada como política de promoción comunitaria y regional por el INI, pese a que este cambio de enfoque de la ideología indigenista generó retos a la política educativa y cultural.

Este marco teórico e histórico permite responder afirmativamente respecto de la existencia de muchas lealtades étnicas y una comunidad nacional, ya que la diversidad cultural asentada en el territorio tiene lazos que propician lealtades étnicas con sentimientos primordiales.

Los dos tipos de adhesiones que distingue Clifford Geertz en las comunidades nacional y étnica, permiten sustentar esta afirmación ya que una de éstas señala propiamente al colectivo étnico y la otra a la comunidad nacional. Las diferencias entre las adhesiones comunales y las adhesiones políticas son las siguientes: las primeras se caracterizan por un sentimiento de pertenencia (elemento subjetivo) a un patrón de acciones conjuntas que conforman los individuos como hechos y representaciones sociales que los identifican, ya sea por parentesco o por el simple hecho de haber nacido en esa comunidad, además de una lengua o dialecto a la que están sujetas las prácticas sociales de dicha colectividad. Mientras que las segundas (existentes en pro de la unidad nacional) a las que se sujetan y se consideran pertenecientes los grupos étnicos son relaciones establecidas y mantenidas por un estado civil que tiene como marco de referencia a la nación, la cual abarca a toda la sociedad.

Lo cuestionable de este Estado civil es la tarea que tiene ante sí: superar el error de confundir la diferencia con la desigualdad, no superarlo conduce obviamente al mítico camino del ideal de progreso a partir de una evolución universal.

De esta forma las lealtades étnicas o sentimientos primordiales, como la raza, la lengua, la religión, son elementos locales que existen actualmente, resistiendo a ser sumidas dentro de este supuesto de dinámicas evolutivas homogeneizantes; tal resistencia salvaguarda el rostro étnico que implica el nosotros y su construcción cultural, el renunciar a ello es desistir a la experiencia histórica de cada una de las culturas milenarias. Pese a que la adhesión política a la comunidad nacional tiene como objetivo generar la necesidad de reconocimiento, de derechos y de responsabilidades que tienen ambos proyectos, la política civil con la que se busca unificar tiene el reto de eliminar antagonismos, pero si prevalece el ideal del proyecto de Estado-nación requiere, entonces, de un replanteamiento del carácter homogéneo, ya que éste es imposible de lograr.



Por tanto, la *Revolución integradora* de Clifford Geertz es una forma política que adoptan los Estados que quieren dar respuesta institucional e ideológica al problema de la “normalización política de descontentos primordiales”; la política civil es una posible opción de construir si se cimienta en el reconocimiento, aceptación y tolerancia de la multiculturalidad.

Este es un tema contemporáneo que analiza y se plantea la segunda pregunta de este ensayo: ¿la politización étnica es una cuestión de desarrollo o una negociación por el respeto y reconocimiento a la diversidad cultural? El mismo Clifford Geertz afirma que las culturas no son sistemas de vida compartidos, ya que hay naciones que no coinciden con Estados y Estados que albergan varias naciones, ¿es acaso México un buen ejemplo? Es obvio que el proponer una concepción de mosaico cultural independiente o bien la existencia de un Estado nacional homogéneo, se identifican como ideas falsas, ya que la realidad social que presentan los autores citados en este ensayo muestra a un México que tanto en lo cultural y lo nacional no es homogéneo.

Tal diversidad aceptada en el ámbito teórico permite indagar las razones por las que se politizan las cuestiones étnicas, aunque este tipo de investigaciones genera cierta perplejidad por las confrontaciones sociales que se articulan sobre conceptos como autenticidad, sentimientos de pertenencia, conflictos de lealtad, también logra centrar la atención como una realidad que persiste y que requiere ser moderada y encauzarse de modo que no se estanque y termine adoptando una forma reactiva.

Es decir, la politización de los grupos étnicos pone en cuestión a las formas de pensar políticamente de la identidad nacional, ya que reducen las cosas a la uniformidad, homogeneidad y consenso. La investigación de la antropóloga Chantel Barre sobre “Movimientos sociales en América Latina”, cuestiona estos pensamientos reduccionistas al no considerar a los grupos étnicos como agentes dinámicos proveedores de autenticidad colectiva pasada y presente. Por ello, coincide con Stavenhagen y Bonfil sobre el objetivo del indigenismo oficializado: *integracionista* y *asimilacionista*, donde la identidad étnica se niega y se le antepone el concepto de aculturación, el cual considera Chantel Barre como unilateral y desculturizante, por lo que afirma que el defecto de la política indigenista es ocuparse de problemas indios, sin considerar la participación de estos individuos o, en el mejor de los casos, considerarla secundaria; cito:

La política indigenista debe llevarse a cabo con los indios, no para los indios, es decir, colaboración e igualdad significan apoyo a los indios de parte de los no indios [Barre, 1988].

En cuanto a los conceptos de *clase* y *minorías étnicas* que fueron considerados en los treinta por grupos de derecha y de izquierda, Chantel Barre los critica consi-

derando a la política indigenista como una respuesta de las clases dominantes al problema de lo indio, que está ligado al proceso de modernización capitalista y a la ideología de seguridad nacional, la cual intenta incorporarlos al sistema y nación dominante, "proletarizándolos o integrándolos a la clase social explotada de campesinos y obreros", con lo que se les conduce a un empobrecimiento y marginación en todos los niveles.

Ahora bien, la misma autora considera que el uso del término *indigenismo* tiene el riesgo de eliminar cualquier connotación colonial y, con ésta, también se acepta fácilmente la condición de minoría. Por ello plantea el término de indio, al que define como una terminología estratégica y combativa en Centroamérica y los países andinos, ya que lleva la voluntad de lucha contra la dominación de los no indios en términos de liberación nacional.

Retomando a la política indigenista y ante sus posibles efectos, Barre propone hacer una crítica a toda idea importada diferente a la realidad en la que se quiere aplicar; aunque reconoce un nuevo movimiento indígena que se opone a la política indigenista, esta es una respuesta ideológica india, la cual se denomina *indianismo*.

El indianismo es en realidad su lema de expresión y de lucha contra el sistema universal; por medio de esta ideología ponen en tela de juicio los valores occidentales, se organizan políticamente bajo el rubro de indianidad porque no encuentran lugar en organizaciones no indias, mucho menos en partidos políticos, aunque esto último se debe al propósito de constituirse como una organización independiente de los partidos para evitar la posible recuperación política de que son objeto por el indigenismo oficial; con ello evidencian una toma de conciencia de indianidad.

En síntesis, la respuesta a la politización étnica es también afirmativa, ya que es una cuestión de desarrollo y de negociación por el respeto y reconocimiento a la diversidad cultural, donde la toma de conciencia es necesaria para explicar que no se rechaza lo occidental, sólo se pide que los elementos a retomar estén en función de las necesidades de la cultura receptora, para que no se entorpezca el desarrollo original de los pueblos y se reduzca la posibilidad de un desarrollo exógeno que origina dependencia nacional, lo cual supondría poner a consideración el *proyecto nacional endógeno* de Bonfil y Stavenhagen, y que Chantel define como las *fuerzas originarias* que tienen una efectiva organización cultural y lingüística denominada control cultural o etnodesarrollo.

Finalmente, esta autora plantea que lo étnico es referirse a la cultura, al idioma, a la organización social, económica y política, además de la localización en un lugar determinado y al modo de vida. Esta cuestión étnica, según la autora, es creada por los no indios, por ello considera que tiene un doble problema más colonial y de civilización que de integración.

De ahí que la respuesta a la politización étnica como cuestión de desarrollo o negociación política es afirmativa, porque la identidad étnica es tomada por las organizaciones que los representan como base para implementar sus reivindicaciones políticas, donde la toma de conciencia étnica es importante para adquirir un potencial revolucionario dentro de los grupos indígenas.

## Conclusiones

La construcción del Estado mexicano durante la primera mitad del siglo XX fue abanderando un carácter nacional popular donde implícitamente se consideraba sólo a los no indios, lo cual condujo a oscurecer la existencia de grupos sociales diferenciados al interior de las sociedades y a intentar erradicarlos. Esto aconteció porque la población fue vista bajo el concepto de *pueblo* en una voluntad meritória de igualdad entre todos los miembros, sean cual fuesen sus orígenes étnicos –prisma integracionista y asimilacionista.

Sin embargo, estos pilares del Estado mexicano también fueron ejes con los que se intentó e intenta confundir en el terreno político y social a los habitantes de un país como miembros de una sola nacionalidad y a integrantes de una etnia con elementos de una clase social.

La diversidad cultural plantea desafíos en todos los aspectos debido, en gran parte, a que las culturas están surcadas por grandes desacuerdos que se enfrentan a una serie de conflictos que distan mucho de la civilización unitaria y armónica que se agruparía en torno a unos valores pacíficamente compartidos; tales diferencias pueden ser constructivas más que constituirse como amenaza del orden, de la unidad o de la autoridad, pero se requiere de la aceptación de la diferencia, desde una concepción de minoría, donde se considere como un grupo específico que ha sido siempre parte de una nación, pero que debido a cambio de fronteras se ha encontrado en una situación minoritaria; por ello los proyectos propuestos que permiten a las minorías ejercer sus derechos no son suficientes, ya que también implica respetar sus derechos.

De esta forma lo étnico es un punto intermedio entre lo racial y lo cultural, ya que habla de costumbres, tradiciones, expresiones culturales e historia colectiva que constituye una trama que le da un grado de identidad particular a un grupo humano. Así, la existencia de estas minorías depende de factores fundamentalmente (objetivos o tangibles) conocidos como sustantivos, como son la lengua o dialecto y sentimientos primordiales o subjetivos e intangibles, que existen como un sentido de solidaridad en orden a preservar su cultura, religión, lenguaje, tradición, lo que permite recrear la autoconciencia de identidad.

La política indigenista ha errado en su concepción entre diferencias y marginalidad, confusión conveniente para intentar acelerar el proceso de asimilación a la cultura nacional; pero tal política asimilacionista se encuentra ante una realidad superior a cualquier voluntad política: la existencia de un país y un mundo cada vez más multi y pluricultural. Por ello la emergencia de nuevas identidades politizando sus demandas causa asombro, ya que eran consideradas minorías casi totalmente destruidas o asimiladas, pero presentan un objetivo de lucha preciso: "liberación" del yugo de la sociedad dominante, al margen de sus distinciones de clase.

Finalmente, los cinco autores concuerdan en cuatro puntos que resumen a México como el crisol de culturas e identidades donde existen muchos Méxicos; tales puntos son:

1. La diversidad cultural son fuerzas creativas y propositivas de un proyecto nacional multicultural.
2. Aquellas opiniones integracionistas y homogeneizadoras son perspectivas que han perdido la capacidad de reconocer y movilizar el potencial creativo de su cultura para la solución de los problemas que les aquejan.
3. La existencia de minorías es un proceso de reelaboración de identidades a partir de situaciones objetivas, sustantivas o situaciones históricas determinadas, las cuales van de la mano del reconocimiento.
4. La politización étnica es un paso para la obtención de los derechos de un grupo, donde el principal es el reconocimiento, un asunto fundamentalmente político.

## Bibliografía

- Barre, Marie Chantel (1988), *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, México, Siglo XXI.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987), *México profundo, una civilización negada*, México, CIESAS/ SEP.
- Geertz, Clifford (1963), "The Integrative Revolution: Primordial Sentiments and Civil Politics in the New States", en *Old Societies and New States*, Nueva York, The Free Press.
- Simpson Byrd, Lesley (1967), *Many Mexicos*, University of California Press (capítulo 1).
- Stavenhagen, Rodolfo y Margarita Nolasco (eds.) (1988), *Política cultural para un país multiétnico*, México, SEP (introducción).